

Abril 2004 General Conference

La Expiación y el valor de un alma

M. Russell Ballard*Of the Quorum of the Twelve Apostles*

Si en verdad pudiésemos comprender la expiación del Señor Jesucristo, nos daríamos cuenta de lo valioso que es un hijo o una hija de Dios.

El mes de enero pasado nuestra familia sufrió la trágica pérdida de nuestro nieto Nathan en un accidente aéreo. Nathan sirvió en la Misión Báltica ruso hablante; amaba a la gente y sabía que era un privilegio servir al Señor. Ese accidente acabó con su vida tres meses después de que yo oficié en su matrimonio eterno a su querida Jennifer. El que Nathan haya sido arrebatado tan repentinamente de nuestra presencia ha vuelto nuestro corazón y nuestra mente a la expiación de nuestro Señor Jesucristo. Aunque me es imposible expresar el pleno significado de la expiación de Cristo, ruego poder explicar lo que Su expiación significa para mí y para nuestra familia, y lo que también podría significar para ustedes y sus familiares.

El precioso nacimiento del Salvador, Su vida, Su expiación en el Jardín de Getsemaní, el sufrimiento en la cruz, Su sepultura en la tumba de José y Su gloriosa resurrección se convirtieron en una renovada realidad para nosotros. La resurrección del Salvador nos asegura a todos que algún día, nosotros, también, lo seguiremos y experimentaremos nuestra propia resurrección. Qué gran paz y consuelo nos da este don, el cual viene mediante la amorosa gracia de Jesucristo, el Salvador y Redentor de toda la humanidad. Gracias a Él, sabemos que podremos estar con Nathan otra vez.

No hay mayor expresión de amor que la heroica Expiación que llevó a cabo el Hijo de Dios. Si no hubiera sido por el plan de nuestro Padre Celestial, establecido antes de que el mundo fuese, en verdad toda la humanidad —pasada, presente y futura— habría permanecido sin la esperanza de progreso eterno. Como resultado de la transgresión de Adán, los seres mortales fueron separados de Dios (véase Romanos 6:23), y lo hubiesen estado para siempre, a menos que se encontrase el modo de romper las ligaduras de la muerte. Eso no sería fácil, ya que requería el sacrificio vicario de uno que fuese sin pecado y que, por lo tanto, pudiese tomar sobre Sí los pecados de toda la humanidad.

Estamos agradecidos porque Jesucristo valientemente llevó a cabo ese sacrificio en la antigua Jerusalén. Allí, en la tranquilidad del Jardín de Getsemaní, se arrodilló entre los torcidos olivos, y de manera milagrosa, que ninguno de nosotros puede comprender totalmente, el Salvador tomó sobre Sí los pecados del mundo. A pesar de que Su vida era pura y libre de pecado, Él pagó el castigo máximo del pecado — el de ustedes, el mío y el de todos los que hayan vivido. Su agonía mental, emocional y espiritual fue tan grande que hizo que sangrara por cada poro (véase Lucas 22:44; D. y C. 19:18). No obstante, Jesús sufrió voluntariamente a fin de que todos pudiésemos tener la oportunidad de ser limpios— mediante la fe en Él, al arrepentirnos de nuestros pecados, al ser bautizados por la debida autoridad del sacerdocio, al recibir el don purificador del Espíritu Santo mediante la confirmación y al aceptar todas las demás ordenanzas esenciales. Sin la expiación del Señor, ninguna de esas bendiciones estarían a nuestro alcance, y no podríamos llegar a ser dignos y estar preparados para regresar a morar en la presencia de Dios.

Más tarde, el Salvador soportó la agonía de la inquisición, los crueles azotes y la muerte por crucifixión en la cruz del

Calvario. Recientemente se han hecho muchos comentarios en cuanto a esto, ninguno de los cuales ha aclarado el punto singular de que nadie tenía el poder para quitarle la vida al Salvador; Él la ofreció como rescate por todos nosotros. Como Hijo de Dios, Él tenía el poder de alterar la situación; no obstante, en las Escrituras se establece claramente que Él se entregó a la flagelación, la humillación, el sufrimiento y, finalmente, a la crucifixión, debido a Su gran amor para con los hijos de los hombres (véase 1 Nefi 19:9–10).

La expiación de Jesucristo fue una parte indispensable del plan de nuestro Padre Celestial para la misión terrenal de Su Hijo y para nuestra salvación. Cuán agradecidos debiéramos estar porque nuestro Padre Celestial no intercedió, sino que retuvo Su instinto paternal de rescatar a Su Hijo Amado. Gracias al amor eterno que Él tiene por ustedes y por mí, Él permitió que Jesús llevara a cabo su misión preordenada de ser nuestro Redentor. El don de la resurrección y la inmortalidad se da libremente mediante la gracia misericordiosa de Jesucristo a toda la gente de todas las épocas, sin importar si sus hechos son buenos o malos. Y a aquellos que eligen amar al Señor y que manifiestan su amor y fe en Él al guardar Sus mandamientos y se hacen merecedores de todas las bendiciones de la Expiación, Él ofrece la promesa adicional de la exaltación y la vida eterna, que es la bendición de vivir en la presencia de Dios y de Su Amado Hijo para siempre.

Con frecuencia cantamos un himno que expresa lo que siento cuando pienso en el sacrificio expiatorio y benevolente del Salvador:

*Asombro me da el amor que me da Jesús.
Confuso estoy por Su gracia y por Su luz,
y tiemblo al ver que por mí Él Su vida dio;
por mí, tan indigno, Su sangre Él derramó.
("Asombro me da", Himnos N° 118)*

Jesucristo, el Salvador y Redentor de toda la humanidad, no está muerto. Él vive—el Hijo resucitado de Dios vive—ése es mi testimonio, y Él guía los asuntos de Su Iglesia hoy día.

En la primavera de 1820, un pilar de luz iluminó una arboleda del norte del estado de Nueva York. Nuestro Padre Celestial y Su Amado Hijo aparecieron al profeta José Smith. Esa experiencia dio inicio a la restauración de poderosas verdades doctrinales que por siglos habían estado perdidas. Entre esas verdades que habían quedado opacadas por las tinieblas de la apostasía estaba la conmovedora realidad de que todos somos hijos e hijas espirituales de un Dios amoroso que es nuestro Padre; somos parte de Su familia; Él no es un padre en un sentido simbólico o poético; Él es literalmente el Padre de nuestro espíritu; Él se ocupa de cada uno de nosotros. Aunque este mundo se las arregla para disminuir y degradar al hombre y a la mujer, la realidad es que todos provenimos de un linaje real y divino. En aquella maravillosa aparición del Padre y del Hijo en la Arboleda Sagrada, la primera palabra que emitió el Padre de todos nosotros fue el nombre personal de "José". Ésa es la clase de relación que nuestro Padre tiene con cada uno de nosotros; Él conoce nuestro nombre y anhela que seamos dignos de regresar a vivir con Él.

La restauración del Evangelio vino por medio del profeta José Smith. El Señor Jesucristo una vez más ha revelado, a través de Su profeta escogido, las ordenanzas y la autoridad del sacerdocio para administrarlas para la salvación de todo aquel que crea.

A otro profeta, en otra época, se le mostraron "las naciones de la tierra" (Moisés 7:23). "Y el Señor le mostró a Enoc todas las cosas, aun hasta el fin del mundo" (Moisés 7:67). Enoc también vio que Satanás "tenía en su mano una cadena grande que cubrió de obscuridad toda la faz de la tierra; y [Satanás] miró hacia arriba, y se rió" (Moisés 7:26).

Con todo lo que Enoc vio, hubo algo que pareció captar su atención por encima de todo. Enoc vio que Dios "miró al resto

del pueblo, y lloró" (Moisés 7:28). El registro sagrado dice que Enoc le preguntó a Dios una y otra vez: "¿Cómo es posible que tú llores...? ¿cómo es posible que llores?" (Moisés 7:29, 31).

El Señor le contestó a Enoc: "...He allí a éstos, tus hermanos; son la obra de mis propias manos... a tus hermanos... he dado mandamiento, que se amen el uno al otro, y que me prefieran a mí, su Padre, mas he aquí, no tienen afecto y aborrecen su propia sangre" (Moisés 7:32–33).

Enoc vio las condiciones de estos últimos días. Él y otros de los primeros profetas sabían que únicamente si aceptamos la Expiación y nos esforzamos por vivir el Evangelio, podremos hacer frente a los desafíos de la vida y hallar paz, gozo y felicidad. El llegar a comprender ese grandioso don es una búsqueda personal de cada uno de los hijos de Dios.

Hermanos y hermanas, creo que si en verdad pudiésemos comprender la expiación del Señor Jesucristo, nos daríamos cuenta de lo valioso que es *un* hijo o *una* hija de Dios. Creo que el propósito eterno de nuestro Padre Celestial para con Sus hijos generalmente se logra mediante las cosas pequeñas y sencillas que hacemos unos por otros. La palabra "uno" es una parte importante de la palabra expiación en inglés. Si toda la humanidad comprendiera esto, no habría nadie de quien no nos preocupáramos, sin importar edad, raza, género, religión o nivel social o económico; nos esforzaríamos por emular al Salvador y nunca seríamos descorteses, indiferentes, irrespetuosos ni insensibles a los demás.

Si en verdad entendiésemos la Expiación y el valor eterno de toda alma, iríamos en busca del joven, de la jovencita y de todo hijo descarriado de Dios; les ayudaríamos a saber del amor que Cristo tiene por ellos; haríamos todo lo que estuviese a nuestro alcance por ayudarlos a prepararse para recibir las ordenanzas salvadoras del Evangelio.

En verdad, si la expiación de Cristo fuera lo más importante en la mente de los líderes de barrios y ramas, no se descuidaría al miembro *nuevo* ni al que se *reactiva*. Puesto que toda alma es tan valiosa, los líderes deliberarían en consejo para ver que se le enseñase a cada una las doctrinas del Evangelio de Jesucristo.

Cuando pienso en Nathan y lo mucho que lo queremos, puedo ver y sentir más claramente lo que nuestro Padre Celestial debe sentir por todos Sus hijos. No queremos que Dios llore porque no hicimos todo lo posible por compartir con Sus hijos las verdades reveladas del Evangelio. Ruego que cada uno de nuestros jóvenes trate de conocer las bendiciones de la Expiación y se esfuerce por ser digno de servir al Señor en el campo misional. Ciertamente muchos más matrimonios mayores y otras personas cuya salud se los permitiera desearían ansiosamente servir al Señor como misioneros si meditaran en el significado del sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo. Fue Jesús quien dijo: "Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis aun cuando fuere *una* sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!" (D. y C. 18:15, cursiva agregada). No sólo eso, sino que grande será el *gozo del Señor* en el alma que se arrepiente, porque toda persona es valiosa para Él.

Hermanos y hermanas, nuestro Padre Celestial nos ha tendido la mano para que lleguemos a Él mediante la Expiación de nuestro Salvador. Él invita a todos "que [vengan] a Cristo, el cual es el Santo de Israel, y [participen] de su salvación y del poder de su redención" (Omni 1:26). Él nos ha enseñado que por medio de nuestra fiel adherencia a los principios del Evangelio, que al recibir las ordenanzas salvadoras que han sido restauradas, que mediante el servicio constante y al perseverar hasta el fin, podremos volver a Su presencia sagrada. ¿Qué otra cosa podríamos saber en este mundo que fuese más importante que esto?

Lamentablemente, en el mundo actual, la importancia de la persona muchas veces se determina por el tamaño del auditorio ante el cual él o ella se presenta. Ésa es la forma en que se clasifican los programas de deportes o de comunicación, como se determina la prominencia de las empresas y a veces como se obtiene el rango gubernamental. Tal vez ésa sea la razón por la que los papeles como el de "padre", "madre" y "misionero" raras veces reciben el aplauso de la gente. Los padres, las madres y los misioneros llevan a cabo su tarea ante un público muy reducido. Sin embargo, a los

ojos del Señor, tal vez haya sólo *un tamaño* de auditorio que es de importancia perdurable: es el de *uno*, cada *uno*, ustedes y yo, y cada *uno* de los hijos de Dios. La ironía de la Expiación es que es infinita y eterna, y no obstante se aplica en forma individual, una persona a la vez.

Hay un nivel en el que el himno de los niños "Soy un hijo de Dios" (*Himnos* N° 196), armoniza con la música de la eternidad. Somos hijos de Dios; cada uno de nosotros es valioso hasta el grado de hacer que el Señor Dios Todopoderoso sienta una plenitud de gozo, si somos fieles, o que llore, si no lo somos.

Lo que el Salvador resucitado dijo a los nefitas podría decirlo a nosotros hoy día:

"...Benditos sois a causa de vuestra fe. Y ahora he aquí, es completo mi gozo. Y cuando hubo dicho estas palabras, lloró, y la multitud dio testimonio de ello; y tomó a sus niños pequeños, *uno por uno*, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos" (3 Nefi 17:20–21, cursiva agregada).

Hermanos y hermanas, nunca jamás subestimen el valor de una persona. Recuerden siempre la sencilla admonición del Señor: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15). Esfuércense siempre por vivir dignos de las sagradas y plenas bendiciones de la expiación del Señor Jesucristo. En nuestro dolor por la separación de nuestro querido Nathan, ha venido la paz que únicamente el Salvador y Redentor puede dar. Nuestra familia se ha vuelto a Él, uno por uno; y ahora cantamos con mayor agradecimiento y entendimiento:

*"Cuán asombroso es que por amarme así
muriera Él por mí.*

*Cuán asombroso es lo que dio por mí".
("Asombro me da", *Himnos* N° 118).*

Estimados hermanos y hermanas, ruego que den a los demás, y que reciban por ustedes mismos, toda bendición que brinda la expiación del Señor Jesucristo, lo ruego humildemente, en el nombre de Jesucristo. Amén.